

ha producido todos las variedades hoy conocidas. Pritchard admitía el negro como la forma primitiva de la humanidad, que así había comenzado por la vida salvaje, de que el negro lleva la expresión más determinada. Pero el negro, tipo primitivo, reaparece también de vez en cuando en las crisis experimentadas por las otras razas, separadas de este tipo. El albino es el único accidente, la única retrocesión frecuente en todas las razas blancas, morenas, y aun negras. El tipo rojo es un accidente más raro en estas, pero se encuentra también en las morenas y es bastante frecuente en las blancas, en las cuales por el contrario el melanismo no es sino parcial, indeciso y raro.

El verdadero término medio, pues, de todas las razas, el albino robusto, esto es, el rojo, es el único que reúne todas las condiciones fisiológicas para el origen de la familia humana y para sus cambios sucesivos.

Definiciones. Los geómetras que exponen una ciencia completa, comienzan por las definiciones. La etnografía, ciencia del todo moderna, debía haber recogido todos los hechos de su atribución, y discutido su enlace, su jerarquía, sus consecuencias, para constituir el idioma, epílogo de esos hechos y de su lógica. Si nosotros recorremos todo el camino propuesto, le daremos cima y cabo formulando sus principales términos, especialmente aquellos que no hayamos fijado con bastante exactitud. Dejemos, pues, *el cruzamiento, la transición, el clima, para hablar del tipo, de la raza, de la generación, de la especie.*

Tipo es lo que pertenece en común a una raza, a una nación, a una familia, a una especie. Es la fuerza virtual por la que los caracteres externos e internos se mantienen al través de las generaciones. Estas son, pues, una larga duración del tipo invariable, ó mejor dicho invariado, en espacios y tiempos dados, pero que se diferencia de sí mismo cuando estos espacios ó tiempos se hacen mucho más largos. Las generaciones triplican con frecuencia su influencia particular, refundiendo las del clima, del tipo y del cruzamiento. Una larga serie de generaciones con muchos y homogéneos productos, con caracteres propios y hereditarios, constituye una *raza*.

La confusión de razas y especies es una de las grandes dificultades de la ciencia etnográfica, producida por la incertidumbre de las clasificaciones zoológicas. Es muy singular que precisamente los anatómicos embebidos en las ideas de Anaxágoras y de Geoffroy Saint-Hilaire, hayan sido los defensores más pertinaces de la multiplicidad de las especies humanas. Ellos que no podían definir con precisión la palabra *especie*; ellos, para quienes en un tiempo dado la especie fue simple variedad del género, y aun el género simple variedad de la clase, atendido que las clases se mudaban las unas en las otras, ¿cómo negarán que la especie humana no fuese única, á lo menos el día en que la mona más perfecta se transformó en el más grosero negro? No sometieron su opinión á esta prueba lógica.

Según nuestro modo de ver, la especie proviene de una creación primitiva é invariable. La especie humana es única, porque todas sus variedades ó razas se asemejan más que las variedades de animales domésticos, y porque de la unión de las razas ó variedades humanas nacen individuos fecundos. Nuestra definición es la de Decandolle, Buffon, Cuvier; y se separa de la de los partidarios de la cadena de los seres.

Esta expresión figurada, por mucho tiempo repetida, ha hecho creer últimamente en la serie de metamorfosis de un ser primitivo, único. Ahora que el reinado de la imaginación parece haber vuelto á comenzar también para las ciencias físicas, dejamos á los zootomistas discutir esta idea; pero la rechazamos enérgicamente, máxime donde presenta el error más fuerte y grosero, es decir, en cuanto á la pretendida transi-

ción insensible desde el bruto hasta el ser pensador. Admitimos la influencia de los medios, pero dentro de límites capaces de producir á lo más variedades. Las especies, y con más razón los géneros, estaban confiados primitivamente á estos medios en que deberían vivir, y perpetuarse en circunstancias sensiblemente semejantes después de una creación primera. El que no se remonta deliberadamente á una cosmogonía, y aun más el que admite en todo ó en parte la idea de la transformación de los seres unos en otros, carece de una base fija para definir la especie y para establecer una clasificación.

Reducida toda la humanidad á una especie única, hay que distribuir sus variedades. La clasificación absoluta de las razas debe establecerse sobre la opinión admitida respecto de su filiación, sobre la creencia respecto de su origen. Al contrario, la distribución de las razas en un cuadro, en que se consideren especialmente sus diferencias actuales, puede ser indiferente á su historia pasada. Esta situación provisional debía parecer cómoda á muchos naturalistas, acostumbrados á referirse mejor á sus sensaciones, que á las inducciones y deducciones. Los pocos entendimientos atrevidos y lógicos que trataron de completar el trabajo, dirigiendo la vista á los tiempos pasados, lo han marcado con el sello de la preocupación con que lo comenzaron, esto es, que el estado presente ha sido perpétuo. En dos motivos especiales apoyan este error: primero, el cruzamiento desfiguró de tal manera los tipos primitivos, que hay que desesparar de reconstituirlos, y contentarse con observar los productos secundarios; segundo, el cruzamiento tiene por efecto el hacer reaparecer tipos que pudieron estar ocultos ó alterados, pero no crea ninguno nuevo, y en su consecuencia el mundo primitivo está representado por el actual.

Aceptamos la conclusión después de haber atemperado una con otra estas dos opiniones. Conviene observar y clasificar la familia humana y sus presentes variedades; más atendido que estas se derivan de una especie única, de una sola familia, aun cuando hoy son casi innumerables, constituyeron en tiempos remotos tipos que pueden contarse, y que entran los unos en los otros, y se disminuyen gradualmente en número, á medida que el observador se remonta á los antiguos tiempos.

Una clasificación completa, como nosotros la entendemos, debe, pues, proceder por cronología y por geografía; en tal tiempo había tales razas, de tal aspecto, y ocupaban tales sitios en el globo terrestre.

EUSEBIO DE SALLES.

(E) pág. 70.

Filología comparada.

De las conferencias de Wiseman he tomado este extracto brevísimo en la parte que concierne á la historia de la lingüística, en el cual se hallarán los argumentos filológicos que prueban la unidad de la especie humana. Recomendando, sin embargo, al lector que acuda á la misma obra.

La etnografía es deudora á Leibnitz de aquellos principios por los cuales mereció ser clasificada entre las ciencias. En vez de limitar el estudio de estas al vano objeto á que se dirigían los trabajos de los filósofos anteriores á él, Leibnitz vió la importancia de la etnografía para los adelantos de la Historia, para trazar las emigraciones de los antiguos pueblos, y penetrar bastante entre la niebla de sus primeros, y en gran parte no auténticos recuerdos. Esta mayor amplitud de miras debió producir una variación en el método. Leibnitz, aunque de cuando en cuando se deleita, como por pasatiempo, en etimologías de leve importancia, comprendió bien que para aumentar la

utilidad que deseaba dar á esta ciencia, se requiría establecer una comparación entre los países más separados en cuanto á su posición geográfica; y lamentando que los viajeros no hubiesen sido bastante diligentes para hacer ensayos respecto de las lenguas, su sagacidad lo condujo á sugerir la idea de que se hicieran estos con arreglo á un catálogo uniforme de los objetos más sencillos y elementales. Estimuló á que se recogiesen voces en tablas comparativas, á investigar el idioma georgiano, á comparar el armenio con el cofto y el albanes, con el alemán y con el latín; y la atención que empleó en estas indagaciones, y la singular agudeza de su ingenio, le hicieron llegar á conjeturas cuya certeza ha sido averiguada por las investigaciones modernas. Por ejemplo, sospechó que había cierta afinidad de vocablos entre el vizcaíno y el cofto, lenguas de España y de Egipto, y la verdad de esta conjetura ha sido no hace mucho demostrada matemáticamente por el doctor Young.

El antiguo método de discurrir debía ya abandonarse; pero no se pensaba en reemplazarlo con ningún principio general. No se podía admitir más que un método analítico, merced al cual menudamente fuesen examinados y comparados entre sí cada uno de los elementos y voces de las lenguas, y no se aceptase afinidad ninguna entre dos de ellas que no estuviese probada por un rigorosísimo experimento. Por esto parecía que, cuanto más progresaba la indagación, más peligro había de que invadiese el terreno vedado de la historia inspirada.

Y verdaderamente es fácil observar este temor en Lorenzo Hervás y Panduro, cuya *Idea del universo* ofreció al público nuevos y preciosos datos sobre los ya recogidos. Tenía la ventaja de pertenecer á los jesuitas, por lo cual no solamente de viva voz tuvo noticias respecto de idiomas poco conocidos, sino que pudo también proporcionarse vocabularios y escritos que casi no se habían visto jamás en Europa. Con estos materiales á mano, publicó por medio de la imprenta, y un año tras otro en Cesena, sus muchos tomos en cuarto sobre las lenguas (1).

El mérito de Hervás consiste en su celo infatigable y en su diligencia para reunir materiales, si bien se nota en sus observaciones cierta confusión y falta de sano juicio. Y debían esperarse deslices en hombre que vagaba por un campo tan vasto, teniendo que abrirse camino con sus propias fuerzas. Esto no obstante, fué para atesorar materiales tan industrioso, que á pesar de la cautela con que deben admitirse sus resultados, el etnógrafo se ve aun hoy día obligado á recurrir á sus páginas, para adquirir en ellas noticias que las indagaciones posteriores no han bastado para proporcionar ó para aumentar. Por lo demás, á cada paso se encuentra temeroso de que el estudio á que se entrega pueda torcerse en daño de la revelación.

Entre los méritos de Catalina II de Rusia respecto de la literatura, no es el menor el de haber proyectado, emprendido, y después dirigido una grande obra comparativa sobre las lenguas. Formó una lista de cien palabras rusas, é hizo que fuesen traducidas en cuantas lenguas fuera posible. Por este medio descubrió afinidades inesperadas, y comenzó á extender de su propio puño unas tablas comparativas; y después, habiendo llamado al naturalista Pallas, le dió el encargo de acabar su obra y prepararla para la imprenta.

(1) Sus principales obras son: *Catálogo de las lenguas conocidas y noticia de sus afinidades y diferencias, 1784; Origen, formación, mecanismo y armonía de los idiomas indios, 1785; Aritmética de las naciones y división del tiempo entre los orientales, 1785.* Este es uno de los trabajos más curiosos y apreciables de Hervás; al fin del tomo XX de sus obras hay un suplemento á esta. *Vocabulario poligloto con prolegómenos sobre más de 150 lenguas, 1787.* Este vocabulario contiene la oración dominical en más de 300 lenguas y dialectos, con análisis gramaticales y notas.

Esta comisión no era conforme al genio de Pallas, y así el trabajo quedó imperfecto.

La Europa literaria obtuvo notable cooperación en el más lejano Oriente. En el año de 1784 se fundó la Sociedad Asiática de Calcuta, á cuya invitación los literatos se pusieron á cultivar los idiomas del Asia Oriental y Meridional, y se imprimieron diccionarios y gramáticas de lenguas y dialectos hasta entonces casi desconocidos. La voz *lenguas orientales*, restringida hasta aquel tiempo á dialectos semíticos, recibió un significado mucho más amplio; el chino, tenido anteriormente por casi imposible de conquistar, comenzó á ser estudiado; hasta que al fin le despojaron de sus dificultades la sagacidad y la diligencia de los orientales franceses, mientras que el sanscrito era cultivado por los Ingleses con grande éxito, y trasmitido por ellos á manos de los doctos del Continente.

Pero Roma tiene el mérito de haber dirigido ántes que nadie su atención hácia el estudio de la literatura india. Juan Werdin, más conocido con el nombre de el Padre Paulino de San Bartolomé, publicó, bajo los auspicios de la Propaganda, una serie de obras acerca de la historia, mitología y religión de los Indios.

Una de las obras que contienen una buena colección de las muchas que hay del *Pater noster*, obra que forma una excepción bastante honrosa, y que, á pesar de sus inexactitudes, debe clasificarse entre las más apreciables y excelentes de etnografía, es el *Mitridates*, principiada en 1806 por Cristóbal Adelung. Este murió ántes de publicar el segundo tomo, que se dió á luz en 1810 por el doctor G. Severinot Vater, el cual sacó principalmente sus materiales de los reunidos por Adelung, y extendió á las lenguas europeas las investigaciones que en el primer tomo se habían limitado al Asia. El tercer tomo sobre las lenguas africanas y americanas fué obra exclusivamente de Vater, y se publicó por partes desde el año 1812 hasta 1816. En 1817, esta apreciable compilación se enriqueció con un tomo de suplementos, que contiene muchos reunidos por Vater y por Adelung el joven, además de un ensayo muy curioso sobre la lengua cantábrica ó vizcaína, obra del barón G. de Humboldt.

En esta obra se prescinde de la clasificación alfabética, y en su lugar se distribuyen las lenguas en grupos y secciones mayores, con una minuciosa descripción y una historia de cada idioma, con listas de obras útiles de adquirir ó de examinar, y con ensayos compuestos principalmente de la oración dominical.

Las afinidades que ántes no se habían visto sino vagamente entre idiomas separados en su origen, y según la historia y la geografía, comenzaron entonces á presentarse manifestamente. Conocióse que entre las lenguas había nuevas é importantísimas relaciones, que enlazaban en grandes familias ó grupos los idiomas de naciones, cuya conexión entre sí ninguna otra investigación había demostrado. Descubrióse que los dialectos teutónicos se ilustraban admirablemente con la lengua de Persia; que el latín tenía muchos puntos de analogía con el ruso y con los demás idiomas eslavos, y que la teoría de los verbos griegos en *ut* no podía ser bien entendida sin recurrir á sus paralelos en la gramática sanscrita ó india. En una palabra, quedó claramente demostrado que un idioma llamado esencialmente perfecto, se extendía por una considerable porción de Europa y de Asia, y propagándose por largos rodeos desde Ceilan hasta Islandia, reunía con vínculos de hermandad á naciones que profesaban las religiones más irreconciliables entre sí, que tenían las instituciones más opuestas y que no presentaban en la fisonomía y en el color sino leves semejanzas. La lengua, ó más bien la familia de lenguas de que tan ligeramente he hablado, ha recibido el nombre de indo-europea ó indo-germánica.

Los grandes miembros de esta familia son: el sanscrito ó la antiquísima y sagrada lengua de la India; el persa antiguo y moderno, tenido en otro tiempo por